



JAVIER UGARTE

CONSECUENCIAS

DE LA

ACTUAL GUERRA EUROPEA

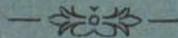
EN LOS

DIVERSOS ÓRDENES DE NUESTRA VIDA NACIONAL

PROBLEMAS QUE PLANTEARÁ LA PAZ

Discusión en la Real Academia

de Ciencias Morales y Políticas.



MADRID

IMP. DEL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS

Calle de Juan Bravo, 5.

1917

2070

DISCURSOS

PRONUNCIADOS POR EL ACADÉMICO DE NÚMERO

D. Javier Ugarte.

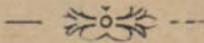
JAVIER UGARTE

CONSECUENCIAS
DE LA
ACTUAL GUERRA EUROPEA

EN LOS
DIVERSOS ÓRDENES DE NUESTRA VIDA NACIONAL

PROBLEMAS QUE PLANTEARÁ LA PAZ

Discusión en la Real Academia
de Ciencias Morales y Políticas.



MADRID
IMP. DEL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
Calle de Juan Bravo, 3.
1917

ARTÍCULO 43 DE LOS ESTATUTOS

DE LA

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

«Art. 43. En las obras que la Academia autorice o publique, cada autor será responsable de sus asertos y opiniones: el Cuerpo lo será únicamente de que las obras sean merecedoras de la luz pública.»

DISCUSIÓN

ACERCA DEL TEMA

“Consecuencias de la actual guerra europea en los diversos órdenes de nuestra vida nacional. Problemas que planteará la paz.”

Sesión del 7 de Noviembre de 1916.

SEÑORES ACADÉMICOS:

Hablar de la guerra en estos momentos es hablar de lo que todo el mundo habla; de lo que a todos inquieta y preocupa; de lo que no todos razonan, pero a todos duele.

Hablar de la guerra es evocar las sangrientas escenas que a un mismo tiempo siembran de cadáveres y llenan de escombros, llevando al ánimo la desolación y la amargura, esas vastas regiones europeas donde se desarrolla la trágica lucha, en que están empeñadas con las armas en la mano catorce naciones beligerantes, y cuyas salpicaduras, según palabra consagrada, lle-

gan y conturban a todas las demás, no ya sólo en nuestro continente, sino en tierras americanas y africanas. Díganlo los bloques, la inseguridad de los mares y las pérdidas de determinadas posesiones en el Africa occidental. Díganlo el Cammerun y las Carolinas.

¿Quién puede contemplar indiferente las diarias matanzas de hombres que, en el transcurso de estos dos años largos de choques colosales, han privado a la humanidad de tantas vidas, aptas para el trabajo, para la producción, para la creación y difusión de riqueza, para los avances del progreso, para la predicación de nuevas ideas en todas las esferas del saber humano, para la prosperidad creciente de los pueblos, en cuanto atañe a sus más altos intereses morales y materiales? ¿Quién no ve con espanto asolados los campos, destruidas las fábricas, disueltos los talleres, derrumbados los monumentos más preciosos, joyas del arte, blasones de la historia, demolidos los templos, rotos los hogares, catástrofes, crueldades, hecatombes, que llevan el luto a millares de millares de familias, las lágrimas a los ojos y la angustia a los corazones?... Yo tengo un antejo para observar,

siquiera desde lejos y en pequeño, los horrores de la terrible contienda. Resido, durante algunos meses, en población fronteriza, pared por medio de una aldea francesa, ordinariamente risueña y coqueta, donde hoy no se atisba un traje que no sea negro, ni se percibe un eco que no sea un gemido. Multipliquemos esta impresión, a través de los territorios interesados en esta guerra sin precedente y sin ejemplo...

Lo cual quiere decir que es natural, que es lógico, que es forzoso el predominio de este tema en todos los coloquios familiares, en todas las disquisiciones de prensa, de tribuna, de café, de tertulia, entre críticos de todos calibres y sociólogos de todas cataduras. ¿Cómo no había de trascender el asunto a la región de la ciencia política, en sus relaciones más importantes con la moral, con la civilización, con la justicia y el derecho?

Y aquí ha venido la tesis, por vuestro voto unánime, para que sobre ella meditemos y controvertamos, con aquella ecuanimidad de juicio, con aquel desapasionamiento, con aquella alteza de miras, propios del único fin que nos solicita y nos congrega: la investigación científica, de la cual

somos todos colaboradores, en relación con el bien común, cada uno en la medida de sus fuerzas y de sus medios.

Habéis querido que disertemos, durante el presente curso, acerca del tema que formulé en los siguientes términos:

Consecuencias de la actual guerra europea en los diversos órdenes de nuestra vida nacional. Problemas que planteará la paz.

Y me habéis dispensado el honor, no sin mezcla de abrumadora carga para mí y de notoria molestia para vosotros, de encomendarme la exposición del contenido de ese enunciado, tan intenso, tan arduo, tan complejo,...

No podré abarcarlo en su totalidad: os lo advierto desde luego, para no defraudar vuestra benévola atención. Será el debate que con tal motivo se promueva el que ilumine los diversos, los múltiples aspectos de esa cuestión magna y de interés universal a la hora en que vivimos. Los discursos que pronunciéis, tratándola cada cual desde el punto de vista más apropiado a sus conocimientos, a sus inclinaciones, a sus devociones de pensador y de profesional, serán los pinceles que tracen el cuadro, con todos los primores anejos a la magia de vuestro

arte... Yo habré de limitarme a extender el lienzo sobre el caballete.

Y entremos en materia, acortando mis palabras cuanto sea posible, acogido a la sabia sentencia de Cervantes: «Sé breve, si quieres que te oigan.»

Pero es preciso ante todo decir algo acerca de la licitud de la guerra, porque si no fuera lícita, dejarían de tener este carácter las consecuencias que de ella hayan de derivarse y en tal caso habríamos de transportar nuestras lucubraciones desde la floresta de la razón serena al oquedal de la maldad consumada.

En esta nuestra casa se ha dicho, con la autoridad de una voz respetada por todos: «la guerra es esencialmente mala.» Lo afirmaba nuestro docto compañero el Sr. Conde y Luque, en su admirable discurso sobre Francisco Suárez, el esclarecido jesuíta. Y afirmaba bien, si se circunscribe a considerarla como cifra de crueldades y fierezas, como origen de desastres y trastornos, como violación de aquel santo consejo que brotó de labios de Jesucristo: «Amaos los unos a los otros.»

Pero reconozcamos que la guerra no está condenada por la doctrina cristiana, ni

mucho menos: esa ley de amor y caridad, una vez deshecho, en ocasiones solemnes, el lazo que une a todos los hombres, queda supeditada a otro orden de preceptos, no menos exigentes e imperiosos. Las páginas del Antiguo Testamento, libro para los creyentes de inspiración divina, aparecen colmadas de exaltaciones bélicas. Dios bendice a los que pelean por su causa. Dios infunde alientos a sus campeones, a David, a Matusalén, a Josué. . . Dios instituyó la primera espada a la puerta del Paraíso, después del pecado de Adán y Eva: un ángel la empuñó por su mandato para arrojar de aquel lugar santificado a nuestros primeros padres. Y Dios mismo bajó a la tierra para luchar con el mal. Y una espada es el atributo excelso de la justicia, al lado de la balanza, que la simboliza. Obispos y otros altos dignatarios de la Iglesia toman parte en guerras contra infieles, aquí contra los moros en la Reconquista. Hay Arzobispos, el de Burdeos, que mandan escuadras, la que acompañó a Condé, pretendiendo invadir nuestra frontera. Las Cruzadas se llama «la guerra santa». Cisneros gana a Orán en esforzada empresa, para la cual dispone de las rentas de su arzobispado y de sus empleos, inves-

tido a la vez de las insignias de guerrero y de los ornamentos pontificales. Y como un soldado se le insolentase, gritando «Dinero, nada de arengas», mientras les excitaba al ataque de la plaza, lo buscó, lo hizo ahorcar... y siguió hablando. Tan poseído estaba de la legitimidad de su misión. El Ser Supremo es el Dios de las misericordias, pero es también el Dios de las batallas.

Alguien dirá que arguyo con textos arcaicos: el propio Sr. Conde y Luque se anticipaba a rechazar este razonamiento, repitiendo con la filosofía escolástica: *Distingue tempora et concordabis jura*. No: para esclarecer esta materia, no hay que distinguir de tiempos; lo que es bueno o malo en su esencia, en su ser intrínseco, a la luz de un criterio incommovible, que ni varía al correr de los siglos, ni puede variar, permanece inalterable siempre, intangible, con su propia significación, ajeno a toda rectificación y a todo cambio. Con que se declare que alguna vez la guerra es lícita, dejará de ser esencialmente mala. Y así lo declara Suárez, imponiendo condiciones con tal propósito; empezando por estimar como obligatoria la defensiva y requiriendo

que, en todo caso, provenga de autoridad legítima, se funde en justo título y se someta, en su desarrollo, a ciertas reglas.

Todo esto es, en efecto, retrotraer los términos de la discusión a lo que pudiéramos llamar la ciencia antigua, o más bien la tradición cristiana. Para los incrédulos tendrán poca eficacia citas y concordancias del Antiguo Testamento; pero el Sr. Conde y Luque piensa en católico y en católico pienso yo también, al recoger su doctrina y poner puntos sobre sus ies. Por mi parte, proclamo con Suárez que la guerra, *simpliciter*, esencialmente, no es mala ni está prohibida a los cristianos...

Y si a especulaciones de otra especie nos entregamos, para considerar su necesidad en momentos culminantes de la vida de los pueblos, ¿cómo desconocer, acudiendo a las fuentes del Derecho internacional moderno, que, aun no siendo la guerra el fin del Estado, es uno de sus medios de defensa? ¿Cómo no advertir que el espíritu militar vigoriza las nacionalidades y las hace fuertes y potentes? ¿Cómo suponer que la organización de los ejércitos, preparados para la guerra, es un acto de barbarie? ¿Cómo tachar los gastos militares de precio, inicuo,

infame y alevoso, de la tentativa de un crimen? ¿Cómo borrar del catálogo de las grandes ideas y de los más elevados merecimientos que ennoblecen al hombre, la palabra «heroísmo», la frase «morir por la Patria»?... Aparte de otros factores que integran el valor de cada país, éstos valen lo que valgan sus elementos armados. Y ello bastaría a legitimar la guerra, que desde el principio del mundo viene produciéndose, como fenómeno natural, inevitable, latente siempre en el seno de las sociedades, consecuencia imperiosa de una serie de concausas que demuestran su necesidad en cumplimiento de leyes históricas o de exigencias del progreso, el cual sigue su marcha, no ciertamente en línea recta, sino en espiral inacabable, cuyas caprichosas ondulaciones acusan un trazado misterioso que arranca de divino arcano.

La guerra ha señalado frecuentemente nuevas exteriorizaciones de la actividad y de la inteligencia humanas, predominio de razas, purificación del ambiente social, advenimiento de nuevas civilizaciones, crecientes enseñanzas en todas las esferas de la vida del hombre, levantando sobre ruinas de lo pasado sólidos cimientos de lo por-

venir. ¡Cuánto podría aducirse para comprobar este aserto!...

No es fácil prever lo que tras sí dejará la actual espantosa guerra que conmueve al mundo. Hugues, el primer Ministro de Australia en Inglaterra, la asigna como fin, no sólo el aniquilamiento del poder militar prusiano, sino la aspiración a acaparar el comercio del mundo, destruyendo la actual preponderancia mercantil de Alemania. Para ello pide, al término de la lucha y como su resultado más fecundo, organización, sistematización, contra la penetración germana en todos los órdenes de la vida: la ciencia, el arte, los inventos de la mecánica, la evolución de la filosofía, etcétera, etc.

Tratemos de fijar concretamente, por lo que a nosotros toca, las especiales deducciones a que pueda prestarse, en punto al régimen de administración interior, la constitución y extensión de la fuerza pública; en el orden jurídico, las convenciones de carácter internacional que hayan de pactarse para mayor seguridad de los Estados, y las garantías de respeto que el derecho privado merece; en el industrial, los procedimientos para mejorar la producción y las

industrias en todas sus fases, aceptando las innovaciones sancionadas por la práctica durante esta etapa, que es a la vez paréntesis de vida normal y empuje violento hacia adelante; en el comercial, los medios que han de dar por resultado el cambio ventajoso de productos y capitales... En el económico y financiero, la manera de resolver el pavoroso conflicto de restaurar los cauces de la riqueza nacional, devolver a la circulación el dinero disperso, recoger la moneda fiduciaria emitida sin reservas y sin solvencia, liquidar, en fin, la agobiadora quiebra de la guerra, y enjuiciarla frente a frente del tremendo fracaso del pacifismo.

Ni es dable prescindir tampoco de señalar la reacción operada en los espíritus ante el espectáculo que trémulos contemplamos y que, llamando a la puerta de la conciencia universal, al descubrir nuevas leyes físicas, al acumular nuevos elementos de combate, al mostrarnos los horrendos efectos del submarino y el aeroplano, al erigir y sostener tan formidables huestes en continuada batalla, nos obliga a elevar los ojos para preguntar a lo alto: ¿Adónde vamos?...

De todo esto procuraré ocuparme sucesivamente.

Sesión del 21 de Noviembre de 1916.

Señores Académicos: Un poco atropelladamente, por ganar tiempo y por evitar en lo posible la molesta prolijidad de mis palabras, hube de exponer en sesión anterior algunas observaciones preliminares de la discusión, que inicio, observaciones que se circunscribieron principalmente a fundamentar la licitud de la guerra. Por término de ellas, y afirmada esa licitud, preguntaba yo, al contemplar los estragos incesantes de esta sangrienta y devastadora lucha que se ventila en diversas regiones de Europa, ¿adónde vamos?, ¿qué fruto recogerá la humanidad de este magno suceso, ante el cual palidecen las páginas de la historia que más nos han asombrado y conmovido a contar desde que el mundo es mundo? Y la pregunta quedó intacta, porque es preciso desarrollarla en los diversos aspectos que presenta, aspectos que se relacionan, como ya he indicado, con todos los órdenes de la vida nacional y de los que hemos de deducir

consecuencias en relación singularmente con nuestra Patria.

Ha llegado, pues, la hora de esclarecer desde luego lo que constituye la manifestación primera de la guerra, y he de remontarme, en cuanto mis alas cortadas lo permitan, a la esfera espiritual, a lo que representan las alarmas y sobresaltos, que son la primera nota de una declaración de guerra, el aldabonazo que atribula las almas, que pone en zozobra los intereses, que amenaza los derechos y que acongoja los sentimientos más acendrados del corazón humano.

Yo no puedo excusarme de referir cuanto presencié en los primeros momentos de la movilización de los hombres que habían de ir a la guerra en defensa de uno de los países beligerantes. Yo lo vi por mis propios ojos. Acudieron los movilizados al llamamiento que les llevaba a filas, resignados y dominados, más que por el entusiasmo, por la necesidad del cumplimiento del deber; pero al separarse de las mujeres y de los hijos, al eco del himno nacional que entonaban, no pudieron menos de dejar que asomasen las lágrimas a sus ojos.

Me decía un hombre político, a quien todos conocemos, que presenció igualmente

aquel emocionante espectáculo: «la Marselesuena suena en sus labios con toda la solemnidad de un Miserere». Y no por ello merece la tradicional bravura de aquellos patriotas; sólo significa el efecto que produce inevitablemente en todo hombre el pensamiento de que tiene que abandonar sus negocios, renunciar a su vida de hogar, prescindir de la protección y de la tutela de los seres más queridos; de que tiene que arriesgar la salud y la vida en defensa de un ideal, que por lo pronto no se comparte con la devoción y el fervor de un grande empeño unánime. Porque la presente guerra da esta característica en los primeros momentos de su iniciación. No estaba, por lo visto, la opinión internacional preparada para llegar a esas catástrofes, a esos choques colosales que la lucha había de producir; no se interpretaba bien qué es lo que había tras de esa declaración de guerra; no se sabía qué significaba esta movilización a que me refiero, movilización que así como se hizo en aquel país de que hablo, se hizo también en las demás naciones que habían de contender.

La impresión, por consiguiente, que yo expongo, no sé si puede concretarse exclu-

sivamente al país a que aludo; pero yo entiendo que, por una u otra causa, estimulada siempre por los mismos móviles, puede decirse que el espectáculo que presencié, se repetiría en muchas de las regiones donde la movilización se efectuaba y adonde acudían hombres en esas condiciones de despeida de todo lo que había constituido la base de su bienestar.

A partir de este momento, yo tengo que estudiar, con la venia de los señores Académicos que tienen la bondad de escucharme, qué es lo que significa la guerra, una vez declarada su licitud, en punto a las ventajas o inconvenientes que produce, en punto a lo que representa como elemento de prosperidad para los pueblos o como base de ruina, de dolor, de angustia, de anquilamiento de todo lo que hasta la hora de empuñar las armas ha sido la normalidad de los respectivos países.

Yo recuerdo, y muchos de los señores Académicos, si no todos, conocerán también el texto que voy a citar, que allá por los años noventa y tantos una escritora austriaca insigne, la Baronesa de Suttner, escribió un libro que fué galardonado con el premio Nobel, titulado «Abajo las armas». Es un

libro admirable, encantador, en el que se pintan las angustias de un alma destrozada por los efectos de las campañas que durante el siglo XIX sostuvieron latinos y germanos. El primer marido de la protagonista de la novela muere en campaña; se casa de nuevo aquella dama, y su segundo marido muere fusilado por suponersele espía. En aquel libro se describe el derrumbamiento de aquel hogar, las amarguras por que pasa aquella interesante y simpática mujer, y se muestra todo lo que pueden ser los desastres de la guerra en relación con los intereses particulares. Desde tal punto de vista la guerra es cruel, es odiosa, es execrable.

Ampliando ideas de esta tendencia, han escrito muchos autores en contra de la guerra, y han condenado lo que ella representa: el encarnizamiento con que los hombres se lanzan los unos sobre los otros. No he de insistir en citas harto conocidas. Anatole France llega a decir que la guerra glorifica todos los crímenes por los cuales un particular se deshonra: el incendio, la rapiña, el asesinato. Filósofos de la antigüedad y de tiempos recientes opinan también así, y allá por el año de 1734 se publicó una

obra curiosísima, a este respecto, de la que he visto un ejemplar, que creo no habrá pasado por muchas manos, y que evoco porque me parece de importancia para los que quieran ahondar en este género de doctrinas y manifestaciones de lo que ha sido opinión de algunos en relación con este gran problema de la guerra. Su título es largo, pero voy a leerlo: *Alegación legal, canónica, teológica, política y feudal sobre la justificada razón con que los Serenísimos Señores Reyes Católicos, Cristianísimos y de Cerdeña hacen la guerra contra el Serenísimo Emperador Carlos VI*. Está escrita por el Doctor Juan Bautista Palermo, Canónigo penitenciario de la Santa Iglesia Catedral de uno de los reinos de Sicilia. La tradujo el Doctor D. José de Torre Eguluz, quien dedicó la edición a la Reina Isabel de Farnesio.

En este libro hay ideas notables, porque a título de tratar de este caso concreto de la guerra de Carlos VI y nuestro Rey, ahonda en cuanto puede ser materia de la guerra en general, y a título de curiosidad me voy a permitir citar una de sus frases. Dice: «La Ley de la virtud consiente la guerra, no para causar injuria, sino para repelerla.»

Y en orden al procedimiento que cree más hábil para llegar a esa represión, hay algo muy interesante, porque supone que toda crueldad es legítima, y que empuñando las armas en defensa de una causa, los hombres se transforman y su personalidad individual desaparece; allí no hay más que un soldado, un noble ejecutor de las exigencias de la Justicia. «No es pecado pelear, dice, no es pecado hacer guerra por defender la República.»

Otros autores, ya lo saben los señores Académicos, abundan en ideas contrarias a la guerra. «La guerra podría ser agradable, si el dolor y la muerte fueran goces,» escribe Nowicof en un libro que titula: «La guerra y sus pretendidos beneficios», libro de muy grata lectura, y en el que extrema la defensa de sus ideales en contra de la guerra.

Acude a mi memoria, al registrar este índice de autores que se ensañan contra los apologistas de la guerra, una monografía escrita por nuestro ilustre compañero señor Bonilla, y que titula: «Elogio de la guerra.» En esa monografía, en la que se destaca, como siempre, su ingenio peregrino y su erudición vastísima, establece algo que me

parece completamente original y nuevo, porque dice: «¿Cómo puede el hombre extrañarse del fenómeno de la guerra, cómo condenarlo, si dentro de nuestra alma llevamos gérmenes belicosos, si estamos siempre dispuestos a contender y a disputar, si toda discusión es una guerra?» Hasta este punto llega el alcance de una consideración de la cual no podemos desprendernos siempre que tratamos de examinar la guerra en relación con el hombre, porque el hombre, realmente, es un combatiente y no en vano se ha dicho que la vida es una batalla.

Una monografía del alemán Marx Jause, ardiente defensor de la guerra, también contiene afirmaciones como éstas: «la guerra regenera a los pueblos corrompidos, despierta a las naciones dormidas, saca de su mortal languidez a las naciones que se entregan al goce de los bienes materiales.» Todos recordaréis que también Renán quería que Francia no perdiese el hábito de pelear de cuando en cuando.

No hay, por otro lado, quien no sienta el anhelo de la paz al contemplar los incesantes estragos de la guerra, cada vez mayores en estos momentos y que de tal modo nos impresionan, que las páginas que

han de registrar este acontecimiento magno, serán sin duda las que más de lleno pongan de manifiesto lo que fueron estos tiempos, a pesar de los alardes de suavidad de costumbres de que nos pagamos los que hemos arribado hasta el siglo XX.

Pero la paz no es, por lo visto, patrimonio del hombre; las predicaciones que la difunden, las garantías de que se procura rodearla mediante convenciones internacionales y congresos, todo es inútil ante la explosión de las pasiones que producen la guerra. Ni los Congresos de la Paz, ni el de la Haya, tan celebrado en los fastos del Derecho Internacional, ni la erección de un Palacio dedicado a la Paz, que hoy está deshabitado, bastan a impedir que Alemania, Austria, Turquía, Serbia, Francia, Inglaterra, Rusia y las demás naciones en lucha, hayan acudido a los más poderosos elementos de destrucción y muerte para decidir quién ha de arrogarse la gloria y el privilegio del triunfo.

¿Es que por encima de los duelos, de las congojas, de las amarguras, de la desorganización que produce el hecho de la guerra, de esas alarmas e inquietudes a que antes aludía, hay algo misterioso, pudiéramos de-

cir sobrenatural, que empuja a los hombres a colocarse en esas condiciones de lucha y de contienda? ¿Es que no dejará nunca de ser de actualidad palpitante aquella redondilla de Gertrudis de Avellaneda, que, empujando el concepto, decía:

Hoy los hombres mueven guerra
para dar pasto a los cuervos,
por un palmo más de tierra
o un puñado más de siervos?

¿Es que estaremos condenados constantemente a que la humanidad no respete aquel principio a que yo aludí en sesión anterior, que brotó de labios de Jesucristo, y, según el cual, todo debemos subordinarlo a la armonía, a la concordia, a la benevolencia mutua?

¿Es que, como alguien ha dicho, el hombre, cada hombre aisladamente, exclusivamente, independientemente de la vida colectiva, prescinde de que esta misma vida le obliga al cumplimiento de deberes que la conciencia individual y colectiva acatan y reconocen como ineludibles en determinadas ocasiones? ¿Es que podemos olvidar que yo, aislado, o viviendo alejado de todo contacto con el resto de la sociedad a que pertenezco, no soy nada, y que yo, unido a la

colectividad, formando parte de la masa; soy el rey de la creación?

Así y todo, porque trato de ir exponiendo las ventajas e inconvenientes de la guerra, como anuncié antes, cabe argüir que parece preferible substituir el graznido de las aves de rapiña por las voces infantiles que salen de la escuela. Y hay que recordar que Egipto, ya lo ha dicho nuestro insigne compañero el Sr. Sánchez de Toca, logró transformarse en veinte años de paz, tranquilidad, bienestar y trabajo; y que el Japón, mediante la cultura que adquirió enviando sus hijos a estudiar en Europa y en América, ha logrado figurar entre las potencias de primer orden. Todos son frutos de la paz.

Pero quizá éstas son divagaciones, a las cuales yo no debo dar una extensión que pudiera resultar ineficaz e incómoda para los que me escuchan.

Concretemos el tema en este aspecto.

Hoy estamos ante un inmenso campo de batalla; no podemos prescindir de que luchan unos mil millones de hombres, que son los que están en guerra, mientras que los que están en paz apenas si pasan de 600 millones; no podemos desatender que los te-

territorios comprendidos por la lucha abarcan unos 34 millones de millas cuadradas, y que los pacíficos no son sino unos 23 millones. Tenemos que tomar en cuenta, por otro lado, que de Europa sólo quedan fuera de la lucha los pequeños espacios de Noruega, Suecia, Dinamarca, Holanda, Grecia y España; de Asia solamente China, Persia, Afganistán y Siam; de Africa las posesiones españolas, Abisinia y Liberia; de Oceanía, Filipinas y las Indias Holandesas. De América queda en blanco todo, menos el Canadá y las Guyanas inglesa y francesa. ¡Espanta el cuadro! Bueno es que conste esto, para que pueda servir de base a las consideraciones que hayan de hacer cuantos dilucidan la tesis. Por eso lo he traído aquí.

Tal es, como digo, el espectáculo que, aunque de lejos, por nuestra fortuna, estamos presenciando, y cuyos destellos no pueden menos de alumbrar siniestramente todos los horizontes del presente y del porvenir.

Digamos algo sobre ello.

Habíamos aprendido en los libros de ácratas, sindicalistas, colectivistas y socialistas, con más o menos radicalismos de frases y

de conceptos, que era preciso impedir a todo trance que la guerra se produjese en ningún caso; que el militarismo es un cáncer de los Estados que lo sostienen; que hay que derrumbar las instituciones fundamentales de la sociedad, tal como las considerábamos incommoviblemente constituidas los que aun sentimos amores por todas esas cosas que, desde la antigüedad hasta nuestros días, vienen determinando el modo de ser la vida colectiva. Y, sin embargo, en esta guerra el fenómeno es curiosísimo. Ante esta guerra los socialistas han visto caer de un golpe la bandera que enarbolaban en el pico de un palo, donde flotaba, pregonando sus lemas en son de triunfo, y anunciando próximo el día en que habían de realizar los supuestos ideales del porvenir del mundo.

Hervé ha vestido el uniforme de soldado, y los socialistas han acudido a filas y están luchando, y todo eso, cuando debemos pensar que si el socialismo hubiera logrado atraerse las masas de unos y otros ejércitos, la guerra se hubiera impedido, no hubiera podido sostenerse y hubiera sido el testimonio más eficaz, auténtico y elocuente de que por algo se proclamaban esas doctrinas y de que por algo se suponía que

estaba cercana la glorificación del credo sindicalista, del credo de los ácratas, del credo de cuantos abominan de lo que han llamado arcaico, retrógrado, retardatario, incompatible con la libertad y el progreso.

Pues ha sucedido todo lo contrario, y estimo que este fracaso de tales ideas ha de hacerlas retroceder durante mucho tiempo después que la campaña termine. Y no dejará de ser ventajoso que así suceda.

Véase cómo todo lo que se presume avanza y mejoramiento de los tiempos responde a la significación que al progreso se da por los que lo pregonan. Nadie puede dudar que en son de ideas avanzadas se proclamaban esas doctrinas y que ha bastado un hecho, un suceso, un acontecimiento, magno sí, pero que acaso se podría haber evitado por los medios que preconizan los apóstoles de esas doctrinas, para imponer un retroceso evidente, para levantar un formidable dique, que ha de costar mucho a las aguas del torrente invasor saltar para dominarlo. Y es que las muchedumbres, aun impresionadas quizá por determinadas predicaciones y propensas a aceptarlas como buenas, siempre que la música, más que la letra, les halague, no se dejan sugestionar en momen-

tos solemnes, en momentos culminantes de la historia, por la mera fuerza de vagas abstracciones; es menester que las conmuevan, que las soliciten, que las arrastren fines transparentes, motivos imperiosos, capaces de crear un convencimiento por igual arraigado en todos los entendimientos y que enardezca a la vez todos los corazones.

No hay que olvidar que la guerra tiene una influencia especialísima en el espíritu de las masas, porque siendo en sus resultados agente de destrucción, de división, de aniquilamiento, es a la vez lazo de asociación, vínculo que une, acomodamiento de ideas, compenetración de sentimientos; es que esas masas ante un grito que las enardece van compactas, acuden propicias a la defensa a que se les requiere, porque hay algo, un sentimiento íntimo que tal vez no se razona bastante, pero que vibra en el fondo del alma: el patriotismo, que lleva al cumplimiento de esos deberes individuales y colectivos de que antes hablé, en términos tales, que no es fácil que el individuo se separe de la colectividad ante los estímulos del honor, del engrandecimiento de la patria, de la vindicación de las ofensas nacionales. ¿Qué mejor defensa que ese voto po-

pular, de la licitud, de la justicia, del derecho de la guerra, que no sólo no es esencialmente mala, sino que puede ser esencialmente buena? Y llega a más la influencia de la guerra: al conmover las fibras más delicadas del alma humana, al someterla a la dura prueba de arrostrar los más graves peligros y de sacrificar los más gratos alicientes de la existencia, la entrega a emociones tan violentas, a convulsiones de tal intensidad, que opera en ella una especie de reeducación, orientada hacia ideales salvadores.

Los que creen y los que no creen no pueden menos de recogerse en sí mismos, siquiera por un momento, para considerar los accidentes del camino que van a recorrer. Y como la noción de una vida ulterior, aun a espaldas de la fe, es un sentimiento innato, que se desdeña a veces, o se obscurece más o menos pasajeramente en la conciencia del hombre, pero que prevalece al fin y nos habla, dominador y hasta tiránico, cuando lo agujonea la realidad de una exigencia impuesta a nuestro propio juicio, la guerra con todas sus negras perspectivas, con todas sus lúgubres visiones, con toda la secuela de sus horrores y sus estragos, nos llama a pensar en algo sobrenatural y mis-

terioso, que es aliento y amparo de la flaqueza humana.

Ese algo sobrenatural y misterioso, que ha producido una notoria reacción religiosa en Francia, ha poblado sus templos antes abandonados por muchos de los que hoy, al dirigirse a las trincheras, imploran el auxilio divino, del cual esperan asistencia abajo y redención arriba. He ahí una primera consecuencia de la guerra; consecuencia de cuya importancia no se puede dudar en orden a la trascendente significación de ese «bárbaro azote», que sólo como castigo explican algunos, deslumbrados por el fulgor de los disparos que matan y del incendio que destruye y asuela.

Detrás de esos pavorosos efectos de la lucha, hay también renacimientos y reconstituciones que empujan a la humanidad por derroteros bienhechores. El bisturí y el veneno, factores de muerte, son también instrumentos de salud y de vida. . . La guerra, que es, por un lado, odio y saña, enciende, por otro lado, un amor que identifica ideas y sentimientos entre los propulsores de una misma causa, uniéndolos con vínculos forjados al calor de un mismo yunque. Si así no fuere, ¿cómo defender lo que no se ama?

¿cómo morir por lo que se desprecia?...

Fijémonos bien, para terminar por hoy, en lo que la actual guerra representa con relación al aspecto espiritual, que he tratado de señalar, como su primera consecuencia: hombres sistemáticamente separados por abismos de doctrinas, de creencias, de aspiraciones, la extrema izquierda y la extrema derecha; radicales y conservadores, pacifistas y militares, clericales y cleróforos, todos los matices diseminados y todas las derivaciones emplazadas en el campo de las disputas humanas aparecen dentro de cada nación asociados estrechamente, cordialmente ligados por un solo lazo que disuelve rencores y borra disensiones.

Y lo mismo en los Imperios centrales que en los demás pueblos combatientes, no se piensa más que en vencer, no se pide más que recursos y hombres para arribar a los dominios de la victoria. Y Reyes y Jefes de Estado, Generales y soldados, mujeres y viejos, los que hacen la guerra y los que la presencian secundándola, cada cual como puede, no rivalizan sino en extremar esfuerzos y realizar sacrificios.

Este ya es un resultado favorable de lo que en la guerra representa esa unión sa-

grada, que, según nos dijo el Sr. Altamira en su notable exposición de las impresiones que trae del país vecino, constituye en Francia uno de los elementos más substanciales para la defensa de sus intereses, porque no sólo se sienten unidos los que pelean, sino los que siguen la guerra desde la ciudad; esa unión sagrada es un lazo que, aun después de la guerra, probablemente no dejará de unir a los que han arrojado los mismos peligros y sentido los mismos efectos dolorosos.

Ha sonado la hora y termino por hoy.

Sesión del 28 de Noviembre de 1916.

Señores Académicos: Las últimas palabras que en la sesión anterior tuve el honor de dirigiros, iban encaminadas a confirmar la idea, ya expuesta en mis primeras consideraciones acerca del tema sometido a vuestra deliberación, de que no hay que mirar la guerra pura y exclusivamente desde el punto de vista del estrago que lleva a los hogares, de la desolación que produce en las familias, sino que es preciso elevar el alma y poner los ojos en los fines colectivos

que realiza; en la misión altísima que se encomienda a las armas, cuando luchan ejércitos que enarbolan sus banderas en representación y defensa de distintos ideales patrióticos.

Y os cité textos para demostrar con la autoridad indiscutible de esclarecidos tratadistas, que lejos de ser la guerra ilícita, como ya contradije en mis primeras observaciones, que lejos de estar condenada y ser esencialmente mala, está plenamente conforme con la ley de nuestra naturaleza, con aquellos predicados fundamentales de la organización humana.

Habréis de tolerarme que insista, para redondear y consolidar el tema, en la doctrina gallardamente expuesta por el Sr. Bonilla en su brillante trabajo, del que no hice sino mención somera, titulado «Elogio de la guerra». «Amar la vida, dice, equivale a amar la guerra, y pregonar la paz es lo mismo que predicar la muerte», arguyendo con Aristóteles que «la contrariedad es el concepto explicativo de la producción de las cosas»; teoría que representa tres grandes leyes: 1.^a, que todas las cosas deben su origen a la contienda, a la contrariedad, que es la esencia de la lucha, lo que Tarde

llamó «la oposición universal»; 2.^a, que las cosas, cuanto más intensa y superior es su vida, más sujetas se hallan al imperio de la contrariedad y de la lucha; y 3.^a, que la vida no es otra cosa que esfuerzo, es decir, actividad para la lucha y que su fin no puede ser la satisfacción procedente de la falta de contrariedad, sino el mantenimiento de la contrariedad misma, porque, de otra suerte, al acabar la lucha, la vida acabaría también.

Por ello, la guerra está conforme con la naturaleza humana; y aun avanza más nuestro insigne compañero; por ello, agrega que «es bella, que es buena, que es útil y provechosa, creadora de caracteres, escuela de sufrimiento, de moderación, de templanza, aprendizaje de prudencia y estímulo de la nobleza de ánimo, como una de las más poderosas fuerzas individuales y colectivas». «Ocioso es pretender, concluye, que mientras haya vida, el espíritu de guerra desaparezca.»

No recordaréis seguramente, por mi parte no recuerdo, páginas que más sintéticamente esclarezcan esta tesis, poniendo en admirable armonía lo que es el hombre y lo que la guerra significa. Porque real-

mente no cabe suponer que, si la guerra fuese esencialmente contraria a la naturaleza humana, continuara aún, a través de tantos y tantos siglos, ejerciendo su influencia decisiva en las relaciones de los Estados, en el espíritu de los hombres que a ella van cuando la Patria los llama en nombre del honor nacional, es a saber, en nombre de una realidad positiva, de la cual se ha dicho que toda nación que la desconozca está irremisiblemente condenada a la perdición y a la ruina.

La guerra actual no podía sustraerse a esta intrínseca concepción de sus orígenes abstractos, de sus fines íntimos, de su significación concreta. Fácil sería aducir opiniones que lo patentizan.

Lloyd George, en uno de sus discursos, pronunciado en Londres ante sus paisanos, el 19 de Septiembre de 1914, dice lo siguiente: «Permitidme que os exponga en una sencilla parábola lo que esta guerra, a mi entender, está en camino de ser para nosotros. En el Norte del país de Gales, conozco un valle que descende de la montaña al mar, valle magnífico, dulce, amable, abrigado por los montes contra el furor de los vientos. Su declive es suave, y los niños tenían la cos-

tumbre de escalar la colina que domina el pueblecito, para contemplar las altas montañas de la lejanía y sentirse refrigerados y acariciados por las brisas que se respiran en las cumbres, y admirados por el grandioso espectáculo del valle. Nosotros, los luchadores de hoy, hacía muchísimo tiempo que vivíamos en un valle bien abrigado, gozábamos de hartas comodidades, y esto llevábanos, al menos a algunos, hasta el egoísmo. La mano firme del destino nos ha empujado ruda e inopinadamente hacia lo alto de una colina, desde la cual podemos descubrir las costas eternas que rodean la vida de una nación, los altos picos del honor que habíamos olvidado, el deber, el patriotismo, y, revestida de immaculada blancura, la cruz de madera del sacrificio, erigida como un dedo imperioso hacia el Cielo. Nosotros volveremos a descender al fondo del valle; pero, mientras vivan los hombres y las mujeres de esta generación, llevarán en sus corazones la imagen de estos grandes picos montañosos, cuyos fundamentos permanecen inmutables en medio de los temblores de la gran guerra europea.»

De donde se deduce, con el autorizado testimonio de hombre tan inteligente como

el famoso Ministro inglés, más famoso aun como pensador que como Ministro, una verdad de profundo alcance en estos críticos momentos: que uno de los principales efectos de la guerra consiste en ver, en apreciar directa y sugestivamente, «las cosas fundamentales que afectan a la vida». No es poco; la guerra nos coloca frente a frente de la realidad, que en la posición normal de la visión humana, cuando sólo nos preocupan las necesidades pasajeras de una existencia plácida y serena, pasan inadvertidas a nuestro juicio, porque éste sólo atiende a lo que nos requiere de presente, a lo que, en tales circunstancias de bienestar general, sin grandes riesgos ni hondas amenazas, constituye la base de las condiciones en que vivimos.

Los que combaten este género de razonamientos para fijarse sólo en los daños que la guerra ocasiona, al matar, al destruir, al abrir un desolador paréntesis en las actuaciones del mundo, entregado a saborear los frutos de la paz, desconocen o aparentan desconocer la diferencia que existe entre la acepción de la guerra como causa de penalidades para los que la hacen y su trascendencia como fenómeno social.

— Lo primero abate y espanta; lleva al ánimo el terror y el desconsuelo: casas quemadas, familias disueltas, la orfandad, la viudez, la ruina, el llanto, el aniquilamiento de todo lo existente... Los pueblos, solitarios; los monumentos, hechos escombros; la huella de la crueldad, el dominio del plomo y del acero, la fuerza preponderando en todas las manifestaciones de una barbarie inevitable como expresión de la hostilidad recíproca. Evoquemos las trágicas escenas del libro de Berta de Suttner. Lo primero, viriliza y entusiasma; lo segundo, es el triunfo, es el esfuerzo logrado, es la bandera en alto; el desfile de las tropas victoriosas, aclamadas por un pueblo enardecido al son de las bandas militares, que se desbordan en himnos cantados al heroísmo, al desinterés personal, al sacrificio. Vivas y coronas, gritos de júbilo, auroras sonrientes de gloriosos días que abrillantan y ensalzan y ennoblecen los destinos del pueblo vencedor. ¿Se comprendería todo esto si no fuera legítimo, si no estuviera inspirado en grandes estímulos de cumplimiento de sagrados deberes?

Así avanzan los Estados, así se ensanchan, así progresan, así despiertan a nueva

vida, así se regeneran las razas deprimidas y depauperadas. Así crecen las naciones hasta llegar a los seis pies y dos pulgadas, que exigen las pragmáticas de algún coloso para que puedan merecer el respeto de sus enemigos. Así se trae a la práctica aquel aforismo de Sismondi, con arreglo al cual «para hacerse digno de vivir el hombre, debe aprender a desafiar el peligro de la muerte».

Sí: la guerra, considerada en estas cumbres de la psicología colectiva, produce una solución favorable a nuestra biología; elimina las especies degeneradas, asegura el imperio de la tierra a las razas vigorosas y bien dotadas, y mejora la condición fisiológica del género humano; sí: luchar es misión del hombre; sí: la humanidad seguirá peleando como ha peleado desde el principio del mundo. ¿No es harto expresivo que desde antes de nuestra era, hasta los tiempos presentes de civilización, de cultura, de libertad, de progreso, de endiosamiento del Derecho y la Justicia, de perfeccionamiento de todas las artes bélicas, que, aumentando los agentes de asolación y muerte, debían dificultar las guerras, éstas nos ofrezcan sólo un año de paz por cada trece de lucha?... Las

estadísticas nos lo dicen. — Resumamos.

En el orden espiritual, la guerra es un llamamiento a la conciencia; es, si queréis, un sacudimiento del alma. que nos reeduca y nos acerca a Dios. ¿Vale poco que aquilate, que acrisole, que dignifique el honor, el valor, la solidaridad de las aspiraciones y los ideales comunes, que cree esa «superactividad intelectual y moral», de que ha hablado un escritor insigne, esa suprema identificación de esfuerzos que a todos asombra y a muchos desconcierta? . . . Aun los más refractarios a esta clase de derivaciones espiritualistas, no dejan de reconocer la necesidad de anotar esa partida en el activo de la guerra actual.

Y aquí termina, señores Académicos, la primera parte de mi exposición, rápida y sucinta, de los efectos de la guerra, una vez sentada su licitud, su moralidad, su bienhechora intervención en la vida de las naciones, su conformidad con la naturaleza del hombre. La guerra es hasta hoy un fenómeno que no es posible analizar aisladamente, exclusivamente, unilateralmente, como causa de desventuras y desastres. Consentid que pregunte:

Guerra, tristeza, llanto,
matanza y destrucción, angustia y luto:
¿Eres acaso el propulsor gigante
del bienestar del mundo?

En el orden de los intereses materiales, bueno será señalar el importante papel encomendado al hacendista, con relación al desarrollo de lo industrial, lo comercial, lo agrícola, la vida doméstica, la intervención del Estado, la organización del capital y el trabajo, con desviaciones hacia otros fines de reconstitución nacional de la mayor urgencia.

Ello será objeto de consideraciones que expondré otro día como segunda parte del tema.

Sesión del 12 de Diciembre de 1916.

Señores Académicos: Descartado ya del tema el extremo referente a las consecuencias de orden espiritual producidas por la guerra, tócanos entrar de lleno en la parte que ha de reputarse de mayor interés para la vida práctica, o sea, el estudio que os anuncié al terminar mi última conferencia:

los efectos de la guerra en el radio de los intereses materiales.

Y al examinar el tema desde este punto de vista, claro es que tenemos que hacer una distinción de suma importancia, considerando que no se realiza nuestra vida pura y exclusivamente dentro de la esfera individual, sino que trasciende a la organización colectiva, en la cual y con sujeción a la cual actuamos como miembros de una sociedad que se llama Estado. Por eso tenemos que puntualizar ante todo, de un lado, lo que afecta a nuestros derechos y a nuestros deberes individuales, y de otro, lo que atañe al Estado en su intervención ineludible para desempeñar la función esencial que le incumbe como tutor y defensor del ciudadano.

Bueno será, por consiguiente, que a este fin empecemos por definir lo que, según las doctrinas mejor recibidas al presente en el campo del Derecho político, determina y significa la noción del Estado moderno, que, a mi juicio, ha dado un paso atrás respecto de lo que significó desde la evolución a que lo sometieron los revolucionarios franceses del siglo XVIII, a través de los desenvolvimientos de que fué objeto

hasta bien avanzado el último tercio del siglo XIX.

Como he de ceñirme a términos muy concretos en esta parte de mi exposición, que, aunque de interés fundamental, tiene que ser sólo episódica, voy a evocar rápidamente los principios sustentados por nuestro sabio compañero el Doctor Posada, quien con su acreditada competencia ha hecho un análisis magistral de la materia en su notabilísimo «Tratado de Derecho político», que todos conocéis.

El Estado, en el concepto jurídico de nuestro tiempo, es, o cooperación para la paz o instrumento de dominación y lucha, según las circunstancias, o las dos cosas a la vez, como yo creo, abarcando la idea en el doble aspecto de concepción de valor ético, científico, político y cultural (régimen prusiano), asentada en la conciencia difusa de la comunidad entera, o como una totalidad de vida que constituye la expansión suprema de la ciudadanía activa, engendrando una personalidad que integra en sí y para el fin de la vida, todo lo humano, condensado ya en la individualidad, ya en la colectividad. Así puede decirse que los Estados organizan la humanidad

con un fin de potencia solidaria, dentro de cada uno de los sectores en que aquéllos la delimitan respectivamente. De donde se deduce que el Estado no es el poder material como fin de sí mismo; es el poder para defender y promover los más altos intereses. El poder, ha dicho Treitschee, debe justificarse por su aplicación para el mayor bien de la humanidad. Teoría que coincide, en el fondo, con la de Maquiavelo, según la cual «el eje de toda política es el aumento de poder».

Hoy, exagerando tal vez el concepto moderno del Estado, no distinto substancialmente del que preconizó en un tiempo la escuela clásica, se considera que el Estado está sobre todo, es decir, que la humanidad realiza en el tiempo una finalidad suprema, mediante la Constitución del Estado, cuya misión es absorbente dentro y agresiva fuera, porque acariciaríamos una loca ilusión si pensáramos que «se puede reformar el mundo sólo con cañones cargados con ideas de Derecho y de Verdad». Lo dice el mismo Treitschee: «El Estado para el exterior es fuerza: para el interior orden jurídico; es, en suma, el Poder público para los fines defensivos y ofensivos.» La guerra tiene que

apreciarse por ello como función del Estado. Sin la guerra no puede darse ningún Estado. De la guerra proceden todos los Estados conocidos. Sólo en la guerra llega un pueblo a ser pueblo. Suprimir lo heroico equivaldría a una gran perversión del alma nacional. El honor es un postulado moral. «La guerra, decía Molke, está instituída por Dios. Es una de las grandes leyes del mundo, porque sostiene entre los hombres los más nobles sentimientos: el honor, el desinterés, la bravura...»

Klauss Wagner ha escrito: «Un gran pueblo necesita tierras nuevas; debe extenderse por las tierras extrañas y con las armas arrojar de ellas a quienes las ocupan... La guerra da a los pueblos fuertes el lugar que necesitan para engrandecerse. Es preciso convertirse en creyentes de la guerra eterna.»

Viene a ser este aforismo la confirmación, expresiva y elocuente, del principio de «la lucha por la existencia», que proclamó Darwin. «La guerra, a su entender, es una necesidad biológica de primera importancia, un elemento regulador de la vida de la humanidad. La guerra es el generador de todas las cosas.»

Decía también a este propósito el Gran Federico que «la guerra abre el campo más fructífero a todas las virtudes, porque en todo momento lucen en ella la constancia, la piedad, la magnanimidad, el heroísmo.... A cada instante ofrece ocasión para ejercitar esas virtudes».

Y colocado en este mismo plano, el General Bernardhi, profeta de la guerra actual, contesta victoriosamente a los que suponen que la lucha es contraria a las enseñanzas de Cristo, afirmando que éstas nunca pueden aducirse como un argumento contrario a la ley universal de la guerra, porque no ha habido religión más luchadora que el cristianismo. «La lucha moral, concluye, es su verdadera esencia. De conformidad con el cristianismo, no podemos desaprobar la guerra en sí misma, sino que debemos admitir que se justifica moral e históricamente».

Vayan estas palabras como digresión no extemporánea, porque se enlazan con mi razonamiento substancial acerca del concepto íntimo de la guerra y ayudan a corroborar la legítima intervención del Estado en cuanto con ella se relaciona.

El Estado que provoca y mantiene la

guerra en nombre de un interés general que hiere inevitablemente intereses particulares, subordinados a aquél en las manifestaciones de la vida colectiva, tiene indispensablemente que recoger y moldear las consecuencias de la guerra, dirigiéndolas por los cauces del bien común, o sea del aprovechamiento, en conjunto, de todos los fenómenos que produce para el enaltecimiento, para la grandeza y la prosperidad de la nación vencedora.

Examinemos la transformación de los intereses materiales al través de ese prisma y empecemos por el principio. Pueblo que no se halla preparado en todo momento para la guerra, es pueblo cuyos destinos están constantemente a merced de las contingencias de una agresión incontestable. ¿Contaron con ello los Imperios centrales al retar a sus actuales enemigos? Pecado fué éste del que se han redimido los aliados en dos años de contienda, que han utilizado hábilmente para organizar sus tropas y acrecer sus armamentos como no se pudo soñar ni aun por sus clases directoras. El esfuerzo por ellos realizado con este fin contuvo los avances impetuosos y al parecer incontrastables de los invasores.

Hicieron cuantos gastos fueron precisos, acumularon cuantos elementos juzgaron indispensables para rechazar la acción ofensiva, que se desarrolló desde luego con el mayor empuje... Lograron impedir la toma de París, a costa de admirables alientos y de gastos enormes... Pero la guerra continúa en crecientes proporciones. Aun estamos frente a frente de los ejércitos en armas, aun suena el estampido del cañón, aun pueblan los aires los zeppelines, aun maniobran silenciosos y encubiertos los submarinos, que se deslizan amenazadores bajo las aguas, aun se hunden los barcos de mayor volumen, aun se toman fuertes y trincheras en esas terribles acometidas de formidables masas, aun se destruye y se mata con todos los espantosos medios inventados por la ciencia moderna para llevar el estrago a todas partes... ¿Qué hacen los Estados combatientes en presencia de las necesidades de la guerra? Aprontar cuantos recursos tienen a su alcance para pelear con el mayor éxito dominando al enemigo. Ya no bastan las partidas corrientes del presupuesto ordinario; es menester apelar a soluciones económicas de excepcional trascendencia. Hay que reforzar

los ingresos, hay que apelar al crédito, hay que imponer sacrificios a todas las clases sociales, hay que concentrar la acción nacional en un fin preferente, que es el de conseguir el triunfo a todo trance y cueste lo que cueste, sometiendo a la colectividad a las más duras pruebas. Los unos, los útiles para el combate, abandonan sus hogares, sus oficios, sus industrias, sus profesiones, el trabajo que habitualmente les asegura la vida y contribuye al bienestar general. Los otros, los inhábiles para la lucha, suplen la falta de aquéllos, en cuanto es posible, llenando sus huecos en la vida de la producción, mediante abnegaciones que son demostración también del espíritu de solidaridad que a todos asocia y une en esas crisis de nación, de patria, acaso de raza, en que hay que poner a contribución penosa todo género de sacrificios. Y son además colaboradoras de la guerra las mujeres, que están evidenciando en estas tristes horas hasta dónde pueden llegar con su fortaleza, con sus aptitudes, con cooperaciones asombrosas de todas clases, que no había podido prever el espíritu más devoto de esa bella mitad del género humano, que, en la historia del mundo, tiene un puesto preeminente, ganado ya

por derecho propio, aun con relación a estas graves perturbaciones en que es la fuerza la razón suprema.

Todo cambia, todo se transforma, todo se anormaliza cuando las armas se convierten en acción directiva de los pueblos. Y, aparte de todo esto, que bastaría para crear un estado excepcional en el modo de ser de los beligerantes, en sus desenvolvimientos, en su organización, en sus evoluciones, hay que cotizar, como factor quizá decisivo, el gasto, el enorme gasto que ocasiona la declaración de una guerra, con su inevitable cortejo de movilizaciones costosas, adquisición de armamento y municiones, previsiones para facilitar la agresión en el campo de batalla y para amparar el territorio propio, regulación de la vida nacional ante las penurias públicas y privadas, el encarecimiento de los transportes por tierra y por mar, la preocupación de las subsistencias, el quebranto de los valores del Estado, la dificultad de los giros, la ruina de los mercados, la paralización de las industrias, el derrumbamiento del ahorro, el menoscabo del crédito, la pérdida de las cosechas. Es muy interesante la consideración de lo que esto implica en el

teatro de la guerra. En la zona francesa, actualmente invadida, no es lo más terrible la destrucción de cosechas momentáneas, sino la extirpación completa de la capa vegetal de los campos con el incesante terrible fuego de artillería que se hace desde todos lados. En todas partes, en las grandes zonas de combate, está removido el suelo a bastante profundidad por los proyectiles, de suerte que la capa laborable está mezclada con arena y piedra; así es que un terreno de labor convertido en fertilísimo por largos años de un cultivo científico, quedará yermo y desierto por mucho tiempo.

En el Somme, según testimonio de corresponsales fidedignos, sólo en un espacio de 300 kilómetros cuadrados, no existen ya ni pueblos ni tierras de labor. La capa de tierra fértil ha quedado enterrada por la arena. Estos campos no podrán volver a sembrarse, ya que han quedado tan «llenos de agujeros, producidos por la explosión de las granadas, que, aun saliendo más tarde hierba, no podrá apacentar en ellos el ganado. Los aldeanos que allí vivían no encontrarán a su regreso qué comer.»

Pudiera multiplicar los datos de esta especie, que revelan algunas de las más angustiosas e inmediatas consecuencias de la guerra en orden a los intereses materiales. De ahí la tasa de los precios, el racionamiento de los víveres, la prohibición de los gastos suntuarios, etc., etc. Todo lo que representa aumento de dispendios destinados a la guerra, es, por contragolpe, necesidad de economías en el coste del sostenimiento de la población civil. Bueno es que así conste, para poder estimar lo que cuesta la guerra actual. Al tenor de los cálculos hasta ahora hechos desde 1.º de Agosto de 1914 al 31 de Diciembre del año en que estamos, los gastos militares para las seis grandes potencias europeas se elevarán a 297.000 millones de francos, digamos 300.000, descompuestos en esta forma: Alemania y Austria-Hungría, 118.000 millones; Inglaterra y colonias, 72.000; Francia, 45.000; Rusia, 42.000; Italia, 20.000.

Los empréstitos, las incautaciones, las moratorias, el predominio del Estado, agente del *jus belli*, vienen detrás. Falta el dinero, se agota el numerario y es preciso buscarlo como se pueda. De ello se encarga el Estado. ¿Cuál es su deber en este senti-

do? Lo veremos, con relación a España sobre todo, en la próxima sesión.

Sesión del 24 de Enero de 1917.

Señores Académicos: Iniciada en las manifestaciones que tuve el honor de someter a vuestra consideración en nuestra penúltima sesión del año anterior, la enunciación rápida —otra cosa no es posible— de las consecuencias producidas por la guerra desde los primeros días de su planteamiento en el orden de los intereses materiales, debo continuarla sucintamente para llegar cuanto antes al término de estas jornadas, sin duda fatigosas para los que os dignáis acompañarme, prestándome vuestra atención.

Refiérense tales consecuencias como derivaciones del trastorno ocasionado en los pueblos beligerantes, y aun en los neutrales, a lo industrial, a lo mercantil, a lo agrícola, a lo bancario, a lo financiero, de todo lo cual procuré hacer un ligero esbozo. Insistamos en ello.

El profesor belga Mr. Hamon, en su interesante libro *«Las lecciones de la guerra*

mundial», recientemente publicado, expone con suma claridad los diversos aspectos a que aludo, señalando las más culminantes exteriorizaciones del crítico momento histórico por el cual venimos atravesando desde primeros de Agosto de 1914 hasta la fecha.

Según él, la aplicación a los fines de la guerra de millones de hombres y de los procedimientos científicos más perfeccionados para la destrucción y la matanza, trae consigo organizaciones militares que multiplican las pérdidas de vidas humanas a tal extremo, que pueden calcularse en 40.000 muertos al mes las que ha sufrido el Ejército de Francia, cabiendo asegurar que la guerra en dos años, mirada en conjunto, ha matado más de seis millones de hombres y ha dejado inútiles más de cinco millones y medio de todas procedencias, de 18 a 48 años de edad, desencadenando todas las crueldades y llegando a la mecanización de los individuos, es decir, a la creación del hombre máquina.

En este concepto, una de las enseñanzas de esta guerra es la disminución considerable del papel del militar profesional, mientras que ha crecido progresivamente el de los ingenieros y economistas.

A su juicio, este enorme fenómeno social tiene en movimiento a todas las fuerzas materiales, intelectuales y morales de multitud de pueblos de la humanidad entera.

De ahí un cambio inevitable en el mundo social, una modificación patente de la psicología humana. De ahí una explosión de repercusiones económicas que sobrevendrá de una manera necesaria, pues Política y Economía se influyen recíprocamente y nacerá una nueva distribución del mundo político, surgiendo una nueva vida al calor de la fermentación de los espíritus, medianlos efectos psicológicos de este cataclismo.

A la vez que se advierte el proceso ascensional de los sistemas de destrucción, se perfecciona y progresa el de los procedimientos de conservación.

A mayores peligros de muerte, más garantías de defensa para la vida; así se ve que la guerra ha afectado a todas las ramas del conocimiento humano: metalurgia, física, química, mecánica, electricidad, óptica, fotografía, construcciones marítimas y aéreas, terapéutica, seroterapia, dietética, microbiología, arte quirúrgico, etc., etcétera. Se han substituído los métodos, se han diversificado y hasta se han suprimido

determinados productos, se han impulsado los inventos, se ha estimulado, en fin, el adelantamiento científico e industrial; se ha evidenciado asimismo la necesidad ineludible de organizar el trabajo, reconstituyendo esencialmente la vida económica, prohibiendo las exportaciones, tasando los precios, acudiendo a remediar la falta de primeras materias, aumentando los impuestos y disminuyendo los gastos, y estableciendo la circulación forzosa, la recogida del oro, la emisión de billetes hasta de 0'50 céntimos y con validez sólo en cada departamento; la moratoria, la regulación de los fletes, el apresamiento de mercancías, el cierre de las fronteras, la transformación de las fábricas, no sin que los desenfrenos de la codicia hayan creado frente a estas intervenciones protectoras de los oprimidos por el conflicto, la especulación sobre los muertos y sobre las ruinas.

La perturbación general del comercio y de la industria del mundo entero, a cambio del enriquecimiento de unos pocos, ha producido una pérdida de 100.000 millones de francos en dos años para los individuos y para los pueblos. Las tierras labradas hoy por los obuses, serán yermos a cuenta de

los gravámenes necesarios para hacerlos productivos mañana. Un mañana cuya aurora se pierde en las lejanías del tiempo.

Los grandes beligerantes tendrán que pagar cada año 14.000 millones de francos para amortizar los gastos de la guerra, ascendentes con cargo a todas las naciones (beligerantes y neutrales) a 300.000 millones de francos. A lo cual hay que añadir el importe de las pensiones, unos 4.000 millones de francos, es decir, un total de 20.000 millones, más las indemnizaciones y gastos para cubrir la destrucción de las cosas, o sea un capital de más de 50.000 millones, que representa 2.500 millones anuales hasta el regreso a la normalidad.

Por dos años de guerra, los pueblos beligerantes tendrían que soportar un impuesto anual de 22.000 millones de francos para amortizar los gastos e indemnizaciones de la campaña.

Por otra parte, Lloyd George ha afirmado que, cuando se sume al Ejército inglés el tercer millón de hombres, se elevarán los gastos de su presupuesto de la guerra a 65.000 millones de libras esterlinas, aproximadamente. Para enjugar el enorme déficit que, en su consecuencia, ha de origi-

narse, el gran economista británico no encuentra más que un medio: reproducir los heroicos impuestos de Pitt, cuando las guerras francesas del final del siglo XVIII y comienzos del XIX, y de Gladstone, cuando la guerra de Crimea.

Desea George que los pueblos sufran lo menos posible las consecuencias de la guerra, y advierte discretamente que el Gobierno cuidará de no crear ningún impuesto que se oponga al desarrollo de las industrias productoras. Pero, de todos modos, ha habido que apelar también a los empréstitos mediante emisiones de «Bonos del Tesoro», contando para su liquidación con los beneficios que habrán de obtenerse después de la guerra.

Suyas son estas alentadoras palabras: «Ignoro a qué grado de sacrificio puede llegar el país a causa de la guerra; pero el esfuerzo que ha hecho y la manera de hacerlo me dan la convicción íntima de que el crédito británico se levanta sobre tan sólidos fundamentos, que ningún acontecimiento de los que pueden ser previstos podrá nunca destruirlo.»

Y cuenta que al ilustre jefe del Gobierno de la Gran Bretaña no se ocultan las difi-

cultades con que lucha su propia nación, la mejor provista de dinero entre los pueblos beligerantes. Confiesa que los dos tercios de sus aprovisionamientos de víveres son adquiridos en el extranjero; que enormes cantidades de primeras materias destinadas normalmente a sus manufacturas y a sus industrias se ven casi totalmente absorbidas por los aprovisionamientos para el Ejército, así como sus barcos lo son también por los transportes de guerra. «No es posible, añade, efectuar los pagos como era costumbre hacerlos, para las exportaciones, por flete o por servicio marítimo, y en este momento no es nuestro ahorro nacional lo que sería si estuviésemos en tiempo de paz. No podemos, pues, como de ordinario, saldar nuestras importaciones. No podemos comprar al extranjero, y, sin embargo, hemos tenido que aumentar nuestras compras por la guerra».

Declara, además, que Inglaterra ha tenido que abrir créditos muy grandes para que otros países puedan imitar su ejemplo, lo cual ha roto el equilibrio en que Inglaterra vivía.

En la Conferencia de París las Potencias aliadas buscaron eficazmente la manera de

movilizar todos sus recursos financieros. Pero puede decirse que Inglaterra es el banquero de los aliados. A Francia y a Rusia ha hecho anticipos importantes, habiendo abierto a esta última nación un crédito de 40 millones de libras esterlinas.

Los cambios de las letras giradas sobre comerciantes rusos, mediante la aceptación por Inglaterra de bonos del Tesoro moscovita, y la creación de un organismo encargado de coordinar los pedidos ingleses, completan la serie de disposiciones de carácter económico tomadas por Inglaterra en el transcurso de la actual campaña.

A creer en la clarividencia de Lloyd George, «el tiempo» dará a Inglaterra la victoria. El tiempo, que ha de agotar a los Imperios centrales, antes que a los aliados, según su dictamen.

Máxima de alta política para la guerra es la que formula el insigne estadista inglés al pedir que cada cual, dentro de su esfera, en todas las organizaciones de la sociedad, proceda de tal modo, que, una vez que haya partido el último soldado para batirse en el campo de batalla, no pueda decirse que todo el heroísmo inglés ha abandonado las costas británicas.

El ahorro nacional representa en Inglaterra la suma de 400 millones de libras esterlinas. Hay que doblarlo, a favor de una vida más sencilla. A su entender, después que la guerra termine, aun habrá un momento de prosperidad artificial mientras se reparen las ruinas; pero vendrá en seguida un gran decaimiento económico, que traerá consigo la necesidad de extremar el ahorro y, como complemento, la movilización de las fuerzas industriales, subordinando el trabajo a la dirección y vigilancia del Estado.

Ocho millones de obuses por mes produce Alemania. Las naciones aliadas se han propuesto sobrepasar esa cifra. El abastecimiento de material de guerra es la preocupación que más abruma a sus enemigos.

«Cada cañón ahorra diez vidas, y cada ametralladora equivale al concurso de cinco soldados,» ha dicho Carlos Humbert, el gran escritor que tan a fondo ha estudiado esta guerra.

Otra previsión que ha preocupado a los Estados combatientes es el procurar que durante la lucha no les asalte el peligro de ver paralizado el trabajo por las huelgas o los *lock-outs*, estableciendo el arbitraje

obligatorio durante el período de las hostilidades.

Todas las máquinas útiles para fabricar municiones han quedado sometidas al control del Estado inglés, el cual, no considerándose bien servido ante las crecientes y gigantescas exigencias de la guerra, ha acordado la inmediata creación de diez grandes establecimientos de industrias mecánicas sobre las diez y seis existentes, que pertenecerán al Estado y dependerán directamente de él; de tal modo aumentará considerablemente la producción de municiones.

La reglamentación de las bebidas alcohólicas contribuirá también a acrecer el rendimiento de las fábricas, haciendo desaparecer, en lo posible, las condiciones desfavorables que tienden a un rápido agotamiento de las energías del obrero.

Haber llegado al máximum de producción en todas o en casi todas las industrias, es otro de los efectos de la guerra. La austeridad que ella impone en todos los aspectos de la vida fortalece el vigor y la salud de los trabajadores, condición esencial para que el trabajo sea realmente productivo.

El hombre de las trincheras ha redimido

al hombre de la ciudad. El aire ha curtido su piel y el sol le ha tostado; sus músculos son más fuertes, camina erguido y respira con mayor energía; es resuelto y vigoroso; la guerra le ha transformado. El peligro es esencialmente educativo.

Y no cabe particularizar en punto a la política económica de la guerra: todas las naciones beligerantes la han planteado en forma equivalente. Ante todo y sobre todo, se ha atendido a los gastos de la campaña, y para facilitar la manera de satisfacerlos, se ha impuesto a los no combatientes el sacrificio de adaptar su vida a términos de una gran austeridad, suprimiendo todo lo superfluo y dedicando su importe a las atenciones preferentes de las tropas.

Son disposiciones comunes a todos los pueblos en armas la disminución de luz en las calles, en los cafés y en los comercios; la supresión del servicio de tranvías durante ciertas horas; el cierre anticipado de los restaurants; la necesidad de obtener permiso para renovar la indumentaria, trajes, zapatos, etc. Hasta las raciones están tasadas en algunos países; hoy no puede consumir ningún ciudadano alemán más de 250 gramos de queso de gruyère y cuatro hue-

vos a la semana. Y no hablemos del consumo del alcohol, casi totalmente prohibido en todas partes.

De donde se deduce una consecuencia relativamente satisfactoria, y es la de que, aparte las bajas de guerra, la salud de los individuos ha mejorado notablemente. Así lo acusan las últimas estadísticas.

Bien es verdad que los alemanes dedican detenida y fecunda atención, desde hace mucho tiempo, a la prosperidad de su vida, como se demuestra teniendo en cuenta que mientras Alemania disponía en 1914 de una riqueza social de 375.000 millones, Inglaterra poseía 345.000 millones y Francia 245.000 millones solamente. La deuda pública subía en Alemania a 310,1 marcos por habitante; en Inglaterra era de 323,9; y en Francia alcanzaba la enorme cifra de 657,7. Pero después de la guerra aumentará esta desproporción.

Se calcula que la guerra cuesta diariamente 120 millones de marcos a las potencias centrales y 245 millones a los países aliados. El comercio exterior sumaba en Alemania 191,7 mil millones; el de Inglaterra 22,9; el de Francia 11,7. El aumento, desde 1887, del comercio exterior ha sido en

Alemania de 225 por 100; el aumento de Inglaterra 113, y el de Francia 98.

Los seguros obreros son, por otro lado, en Alemania instituciones ejemplares contra la enfermedad, contra los accidentes y contra la invalidez para el trabajo. Esta institución, con el ingreso de los obreros del campo y del servicio doméstico, cuenta próximamente con seis millones de asociados. Y en un solo año fueron pagados, para servicios sanitarios, del fondo de la sociedad, 211 millones de marcos. Es así también cierto que los sanatorios para tuberculosos llegan actualmente en Alemania a 139, sin contar los bosques para convalecientes, establecimientos para alcohólicos y escuelas para educación del personal sanitario.

¿Cómo desconocer los beneficios que de estas organizaciones reportan los pueblos que así previenen el porvenir de sus destinos?

La guerra ha llevado la unidad espiritual a cada una de las masas combatientes, ha reafirmado el alma nacional en cada una de ellas, ha enseñado a apreciar el sentido del tiempo, ha sembrado semillas de abnegación y sacrificio, que no podrán menos de dar frutos de disciplina social, y ha creado, en fin, hábitos de resistencia física, que habrán

de influir ventajosamente en la vigorización de las generaciones futuras.

Vengamos a España para acercanos al término de estas observaciones.

Sesión del 30 de Enero de 1917.

Sres. Académicos: Estudiados, en la primera parte de la exposición a que vengo dedicándome durante más sesiones de las que vuestra paciencia debe tolerar, los principios en que se inspiran las doctrinas más recibidas acerca de la guerra, pasé luego a exponer lo que significaba ésta, en relación con los intereses que pudiéramos decir espirituales, y, sobre todo, con los intereses materiales. En cuanto a este último aspecto del problema que examinamos, he ido deduciendo consecuencias, para responder al tema objeto de vuestra consideración, acerca de lo que la guerra ha significado dentro de los países beligerantes, las necesidades que ha creado, los apremios con que ha requerido recursos extraordinarios para atender a los dispendios de la misma guerra, y, en fin, todo lo que ha podido alterar la vida normal de las naciones en armas.

Hemos averiguado, por efecto de todo ello, que esos países viven hoy en condiciones tales, que son verdaderamente extraordinarias por lo que afecta a las subsistencias, al crédito, al desarrollo de la agricultura, de la industria y del comercio, a las trabas opuestas a todo lo que representa prosperidad, porque es ley de la guerra que de momento y mientras ella dure, esa prosperidad que luego puede alcanzarse como consecuencia de la misma, no signifique sino un retroceso, un paréntesis abierto en la existencia de las naciones que se ven compelidas a luchar unas contra otras.

Y dicho esto en síntesis rápida, como corresponde a mi tarea, dados los moldes a que he de ceñirme, hemos de volver los ojos a España, hemos de considerar lo que la guerra es respecto a una nación neutral, como la nuestra, que tuvo la fortuna de verse alejada desde los primeros instantes de toda intervención en los campos de batalla, y que se ha mantenido, mediante el favor de Dios, en esa situación excepcional, ventajosamente excepcional, en la que es de esperar que continúe hasta que suene la bendita hora de la paz.

¿Cuál era la situación de España en los momentos en que sonó el clarín de guerra? ¿Cómo estábamos los españoles en los días finales del mes de Julio de 1914 y primeros del mes de Agosto siguiente, ante esa explosión de todas las pasiones, ese estremecimiento de todos los intereses, eso que pudiéramos decir también la negación, o la perturbación, por lo menos, de todos los derechos? Estábamos en condiciones de relativo bienestar.

Fácil es recordar que nuestra vida económica, más que nuestra vida financiera, era por entonces favorable al desenvolvimiento de España, que había sufrido tremendas sacudidas durante años anteriores.

Parecía como que se iba borrando el rastro de aquellas sangrientas contiendas que mermaron nuestro dominio y achicaron nuestra soberanía allende los mares. Había pasado un período de tiempo suficiente para que la opinión actuase sobre lo que había de ser nuestro porvenir, prescindiendo de lo que había sido nuestro pasado. Comparadas importaciones y exportaciones, la balanza era favorable para España; el comercio se iba extendiendo, las industrias crecían. Precisamente la guerra nos

ha demostrado que en España se habían creado industrias nuevas de las que apenas se tenía noticia, que iban ganando los mercados, iban haciendo su camino, iban creando riqueza, en fin. En estados detallados, que no he de someter a vuestra benevolencia, se consignan las cifras representativas de todos estos adelantos a que aludo.

Era indudable que España se encontraba en circunstancias favorables. Por lo que respecta al Tesoro nada he de decir que vosotros no conozcáis mejor que yo. El Tesoro, sin esa sangría suelta de nuestra dominación y nuestro protectorado en Marruecos (incluidibles en cierto orden de nuestros intereses nacionales), hubiera vivido una vida próspera. Habíamos conseguido elevar los ingresos en condiciones tales como no se podía imaginar años antes de 1914; hemos llegado a un presupuesto de 1.200 millones y pico de pesetas de ingresos de recaudación saneada, oponiéndole a un presupuesto que, por esos gastos extraordinarios que provienen de Marruecos, va elevándose poco a poco hasta llegar, creo yo, en breve plazo a una cifra de 1.500 millones.

Si pudiéramos redimirnos de lo que significa el costo, acaso excesivo, de esos servi-

cios, es seguro que España obtendría un resurgimiento que habría de ponernos en circunstancias muy dignas del aplauso de la opinión. Pero, ¿cuáles son las causas que más directamente han influido en contra de España después de la declaración de la guerra europea? A esto debemos dedicar atención preferente porque es la medula, la enjundia, la entraña del tema que discutimos.

La neutralidad, que fué un acierto, no ya del Gobierno que la proclamó oficialmente, sino de la opinión que unánimemente la sintió, como exigencia patriótica en los momentos en que las grandes potencias iban a lanzarse al combate, nos ha puesto a salvo del gravísimo peligro que en los primeros instantes pudiera habernos comprometido, envolviéndonos en la ola de sangre que azotaba la frente de la humanidad en aquellos tristes días y que sigue azotándola cruelmente. Pero esa neutralidad, a la vez que nos coloca en las condiciones favorables a que me refiero, nos impone deberes cuyo cumplimiento no sólo responde a conveniencias patrióticas, sino a una firma a la cual tenemos que hacer honor. Esa neutralidad, que comparte con nosotros, por ejemplo,

la gran nación de los Estados Unidos de América, ha podido ser fecunda en resultados para España, como lo ha sido para los Estados Unidos, ya que allí ha afluído el dinero en colosales proporciones; y en periódicos de aquel país y en diarios ingleses, que he consultado, se estampan cifras que asombran. Es enorme lo que representa hoy el crecimiento de la riqueza de la Nación Unida por virtud de la aportación inmensa de caudales que han hecho las naciones beligerantes para la adquisición de armamentos, municiones y artículos de primera necesidad, procedentes de aquel país.

La estadística del impuesto sobre la renta, publicada en el año último, con relación a los Estados Unidos, eleva a 339.717.800 francos la recaudación por tributos individuales, que no excedieron de francos 205.180.800 en análogo período de 1915. Es un exceso que por sí solo significa lo que se va avalorando la riqueza de aquel pueblo, a través de las consecuencias de la guerra, que explota legítimamente, concurriendo con sus productos a satisfacer las exigencias de las naciones en armas.

La suma obtenida por impuestos sobre la renta fué de 284.963.275 francos, 285 millo-

nes en números redondos, por 195.750.475 en la época correspondiente del año anterior.

Es curioso también tener en cuenta lo que ha aumentado su riqueza en el cuatrienio último. Dentro de ese cuatrienio, las cifras resaltan más en relación con los últimos tiempos en que los Estados Unidos se han convertido en proveedores de las naciones en lucha. Desde 37.000 millones a 46.000 millones de libras esterlinas, es decir, de 925.000 a 1.150.000 millones de francos ha aumentado la riqueza en los Estados Unidos. Su fortuna es el doble de lo que era la de Inglaterra en 1913; la población ha aumentado en 6 millones de habitantes. El aumento del comercio exterior ha sido de 400 millones de libras esterlinas, o sean 10.000 millones de francos, a cien francos por habitante, resultado en el cual la vigésima parte puede atribuirse a los beneficios de la guerra.

En este período el Congreso de los Estados Unidos ha acordado consagrar el 51 por 100 de los ingresos del presupuesto federal al Ejército y la Marina en estas cifras: 53 millones al mejoramiento del Ejército y 63 millones a la Marina.

Apunto estos números porque, dada la condición de nación neutral de los Estados Unidos, y estando nosotros en iguales circunstancias en cuanto a dicha condición, parece como que el ejemplo de esa gran potencia—sin olvidar lo que ella representa y lo que nosotros somos—debía inducirnos a pensar en que la guerra puede ser «un bonito negocio» para las naciones neutrales, y pudiera serlo para España, como lo ha sido para los Estados Unidos. No sé si vamos por ese camino con pie seguro. Notorio es que muchas fortunas se han hecho ya al amparo de la guerra; pero son fortunas de carácter particular, son enriquecimientos que no afectan sino a determinados ramos de nuestro desenvolvimiento comercial o industrial, y que no pueden cotizarse, por consiguiente, como un factor de directa significación para nuestro Tesoro.

Menester es observar a la vez que se han encarecido algunos servicios, como, por ejemplo, los fletes, que han proporcionado pingües beneficios a los que momentos antes de declararse la guerra tenían inactivos sus barcos por falta de transportes marítimos. Digno es esto de tenerse en cuenta para lo que pueda representar la crítica de los re-

sultados obtenidos al amparo de la guerra. Nuestra marina mercante hallábase sometida a los rigores de una carencia casi absoluta de transportes; como he dicho, muchos barcos estaban amarrados; otros habían tenido que buscarse la vida en eso que se llama los *tramps*, mediante la navegación de altura y haciendo sus cargamentos allí donde más fácilmente podían encontrarlos. Para ello no contaban con otro auxilio que su propio esfuerzo y una ley de Comunicaciones marítimas que, por renuncia de los interesados, ha dejado de tener eficacia en los presentes momentos. Por este lado, la guerra fué germen de mejoramientos materiales para el comercio naval, hartamente compensados, sin embargo, por los tremendos riesgos que le asedian.

Pero, además de esto, y por otro lado, hubo que considerar, en primer término, las consecuencias del crédito quebrantado, no sólo en relación con los intereses públicos, sino con los particulares, al estallar la declaración de guerra, para muchos inopinada, si bien los más perspicaces pudieron preverla. Ese estallido suspendió pagos, cerró Bancos, interrumpió giros, causó, en fin, todos los daños que en relación con el

crédito representan siempre dentro de la vida mercantil e industrial. España se resintió, como era natural, de esas manifestaciones contrarias a toda normalidad de vida y, por consiguiente, a toda prosperidad de los intereses materiales, y hubo que atender a éstos desde los primeros momentos.

Las Bolsas se clausuraron en casi todas las naciones, no sólo en las beligerantes, sino en las que por lo pronto no habían tomado parte en la guerra; sólo nuestra Bolsa puede citarse como ejemplo digno de alabanza, porque siguió funcionando en tan relativa normalidad, que nuestros cambios no sufrieron el detrimento que en otros países causaron la ruina de muchos rentistas y negociantes.

No me resigno a ocultar que yo tengo el honor de poseer una placa, homenaje con que me distinguió el Colegio de Agentes de la Bolsa de Madrid, en que se conmemora, como suceso fausto para la historia de aquella institución, el hecho de que no fuera clausurada y que se continuara haciendo operaciones durante los meses en que toda clase de negociaciones bursátiles estuvieron suspendidas en el resto de Europa.

Claro es que una de las primeras reper-

cusiones que la guerra produjo fué también la de alterar las relaciones entre el capital y el trabajo: el capital se retrajo instantáneamente, como suele hacerlo siempre que el pánico se esparce en el ambiente y se temen las contingencias de una catástrofe económica; el trabajo se paralizó por completo. Es imponente la cifra que representa las familias de obreros españoles que en el extranjero ganaban el pan, que no podían ganar aquí, y que regresaron, después de iniciada la guerra, pidiendo socorro a la patria que habían tenido que abandonar. Eran 40.000 familias de obreros, no 40.000 obreros, las que aparecieron en nuestras fronteras, especialmente en la francesa, pretendiendo reingresar en España, harapientas, desamparadas, privadas de todo lo más absolutamente indispensable para cubrir las necesidades de la vida. Es un espectáculo que he presenciado: clamores de indigentes que acudían a los Poderes públicos exponiendo su situación, no en son de motín y de algarada, como agitadores o rebeldes, sino diciéndolo lastimosamente: tenemos hambre, necesitamos pan, venga trabajo. Esto constituyó un verdadero peligro de orden públi-

co, porque, aunque inspirados en nobles sentimientos, no perturbaron la paz de que España gozaba, eran, sin embargo, causa de preocupación justificada, durante aquellos días, los requerimientos apremiantes de tantos repatriados, en favor de los cuales había que buscar fuentes de trabajo para procurarles el sustento que pedían. Y paralelamente a esas demandas, surgió el paro de las minas y de las industrias, la suspensión de todo lo que representaba la vida activa de los intereses materiales de nuestra Patria.

El conflicto fué pavoroso, aunque quizá no alarmó demasiado, porque no produjo estridencias, ya que los estremecimientos que trae consigo este género de sucesos no llegaron a traspasar la esfera de las clases directoras, donde se procuró reprimirle amparando a los necesitados; quizá por eso, digo, no se apreció bien la gravedad de las circunstancias; pero fué tal, que pudo llegar a atraer hondas desdichas para España.

Lo que se hizo entonces, fué, ante exigencias extraordinarias, acudir a remedios también extraordinarios; y hay que confesar que se saltó por encima de la legislación vigente, prescindiendo de las normas habi-

tuales a que están sometidos los trámites de las obras públicas, y que con la idea, con el resuelto propósito de atender ante todo y sobre todo a lo más urgente, que era calmar el hambre de aquellos millares de seres, se dictó el decreto de 14 de Agosto de 1914, que autorizó al Ministro de Fomento para hacer obras por administración.

Estas obras —algo hemos de decir de ellas porque es uno de los aspectos del problema que se presentó entonces a la consideración del país— han estado durante mucho tiempo ejecutoriamente desacreditadas en España. Se han intentado muchas veces y con resultados funestos; han sido caras, tardías, se han abandonado antes de terminarse y han constituido a veces un lamentable foco de inmoralidad, ¿por qué no decirlo? El dinero empleado en ellas, en ciertas ocasiones, ha sido entregado como limosna, no como jornal y precio de trabajo. Recordemos lo que pasó cuando las inundaciones de Andalucía años atrás, época en la que el Gobierno entonces en el Poder tuvo que hacer algo de lo que en Agosto de 1914 impusieron las circunstancias de la guerra; y se acudió a ese remedio, que es el más vulgarmente conocido y utilizado

para estos menesteres. Y aquellas obras, que costaron muchos millones al Tesoro, hoy puede decirse que, en conjunto, no representan sino una partida de gastos hechos, que pudiéramos calificar de presupuesto de beneficencia. Por lo que sea, que yo no he de juzgarlo, el resultado es que dichas obras han merecido siempre tales censuras, que se ha llegado a considerar que el Estado no debe hacer obras por sí mismo, no debe ser contratista de sus propias obras.

Pero, tengo que decirlo también con los datos oficiales por delante: la campaña emprendida por consecuencia de la autorización concedida en ese Real decreto de 14 de Agosto de 1914 es una brillante rehabilitación de las obras públicas por administración. Con todo cuidado se procuró que esas obras respondieran, además de lo que se creía necesario por virtud del primer estímulo que las puso en práctica, es decir, a la par que a remediar la crisis del trabajo y a aliviar el hambre de aquellos infelices que venían del extranjero esquivando los rigores de la guerra, a hacer labor útil, a realizar trabajos de indiscutible eficacia para la nación, fomentando la construc-

ción de carreteras urgentes y ensanchando el plan general de las obras públicas con la alta mira de proteger las comunicaciones y otros análogos fines, relacionados con el progreso nacional, en este orden de los intereses generales del país.

Lo especificaremos en la próxima sesión.

Sesión del 6 de Febrero de 1917.

Sres. Académicos: Aludía en mis últimas palabras de la sesión anterior al Real decreto de 14 de Agosto de 1914, que autorizó al Ministro de Fomento para emprender rápida y provechosamente la ejecución de obras públicas por administración. Veamos cómo se realizó este propósito.

En la selección de las obras precedió siempre el informe técnico, teniéndose, además, en consideración cuantos datos estadísticos pudieran relacionarse con la crisis del trabajo que se trataba de mitigar, entre los cuales hubo de apreciarse a la vez, como uno de tantos, la situación anormal de aquellas zonas donde la crisis agrícola, por su especial índole y por la época del año en que empezaron a desarrollarse estas obras,

exigía con mayor empeño la intervención del Gobierno.

El número de obreros industriales sin trabajo ascendió a la cifra de 189.000, en números redondos, sobre los 40.000 obreros repatriados de que os hablé la otra noche. Y a fin de que el sacrificio que iba a imponerse el Estado fuera lo más ventajoso posible, tanto para aliviar la crisis obrera, como para ejecutar obra útil, se adoptaron las disposiciones más adecuadas para atemperar la distribución del trabajo en cada provincia a los fondos y consignaciones de que podía disponerse en cada momento, sobre la base de preferir la terminación de las empezadas y la construcción de las de más reconocida urgencia, sin abandonar las contratadas por subasta. En los primeros diez meses sólo en el servicio de carreteras tuvieron jornal fijo y diario unos 30.000 obreros, siendo el total de jornales invertidos en las obras por administración durante aquel plazo tres millones y medio.

Debe notarse que el coste medio kilométrico por contrata representa la suma de pesetas 19.181,34, y el que importa la ejecución de obra por administración no llegó sino a 16.962,82 pesetas, con una dife-

rencia a favor de este último de 2,218,52.

Y cuenta que la acción del Gobierno en este aspecto no sólo se refirió a la construcción y prosecución de las carreteras, sino a la de ferrocarriles, pantanos y otros trabajos de indudable utilidad, que, proseguidos con igual tesón y perseverancia, han de contribuir al desarrollo de la riqueza nacional, facilitando la vida de los pueblos y aumentando las fuentes de recaudación para el Tesoro. Todo aparece documentado en la Memoria presentada a las Cortes, y que tengo el gusto de poner a vuestra disposición.

A ello tendieron también, procurando dominar en otros conceptos la perturbación de nuestros intereses materiales, las iniciativas tomadas en orden a las subsistencias que reclamaban enérgicas medidas para subsanar su escasez o su carestía, así como respecto de los quebrantos del comercio, de las perturbaciones industriales, de las demandas del crédito público y privado, de la falta de exportaciones y de las trabas para importar, de los perjuicios ocasionados en la minería, a todo lo cual se procuró atender aumentando la circulación fiduciaria, dando facilidades al crédito privado, estimulando la formación de sindicatos industriales,

fomentando la de nuevas industrias, favoreciendo la exportación de productos manufacturados, extendiendo las admisiones temporales, instituyendo las zonas francas y los almacenes generales de depósito, auxiliando la creación de entidades de crédito, etc. etc.

La modificación prudente y meditada de varios tributos, la reorganización de los servicios de catastro, la constitución de un «Banco Agrícola Nacional» y de un «Banco Español de Comercio Exterior», pueden ser tópicos que contribuyan a dotar a España de los elementos indispensables para la reconstitución nacional, con la mira de armonizar en soluciones bienhechoras el interés particular y el público, sin cuya concordia será inútil pensar en que tengan, solución práctica los problemas que a estas horas deben preocuparnos y que han de plantearse con caracteres de la mayor urgencia el día en que el sol de la paz irradie espléndido sobre el haz del mundo.

¿Quién puede preciarse de catalogar debidamente todos los problemas que planteará la paz?...

Lo que ha llamado un pensador ilustre «la concepción inicial de un programa de re-

constitución que ordene la vida interna y las relaciones internacionales de nuestra patria», ha de imponerse con exaltaciones colectivas del mayor apremio desde el momento mismo en que calle el cañón en los campos de batalla.

Alguien teme que, como punto final de la catástrofe, se produzca en el seno de alguna nación la explosión social consiguiente al malestar ocasionado por el agravio sufrido; es a saber: que surjan estremecimientos revolucionarios, como resultado de los sentimientos patrióticos heridos por la derrota o al menos por la ausencia de una victoria definitiva.

La Historia abona esta presunción. Basta recordar los sucesos que han llevado al destronamiento a algunos de los príncipes que tuvieron la desgracia de ser vencidos.

No es de creer, sin embargo, que el hecho pueda repetirse en el ambiente de cordialidad en que hoy viven los Poderes públicos y las rebeldías anárquicas, formando el más imponente bloque para la defensa de la Patria. El nacionalismo ha hecho en nuestros días el milagro de unir en una sola aspiración, la de luchar para vencer, todos los sentimientos doctrinales que hasta la hora

presente parecía que venían incubando la disolución de las nacionalidades y de los pueblos.

¿Resurgirán esas diferencias el día que la guerra termine? ¿Se mantendrá el Estado dentro de los moldes en que hoy funciona o se transformará para personificar con distintos caracteres que hasta hoy la representación suprema de la Soberanía constitucional? ¿Bajará la personalidad del ciudadano para que suba y se acreciente el vigor del Poder público? ¿La solidaridad colectiva desmedrará los derechos e intereses individuales? La defensa nacional, que en estas horas de combate absorbe y eclipsa toda otra modalidad de vida de nación, ¿se sobrepondrá definitivamente a las demás aspiraciones de los pueblos, considerado cada uno de éstos como factor aislado e independiente y propulsor exclusivista de su prosperidad, su progreso y sus ambiciones, frente a frente de lo que todo esto significa para cada uno de los demás Estados, roto el concepto de Humanidad que a todos alcanza sin restricciones de particularismos encerrados dentro de determinadas fronteras? Para decirlo de una vez, ¿la guerra habrá fomentado la política exclusivista y

agresiva de las nacionalidades en armas, exigiendo de día en día mayores armamentos, más municiones, más soldados y deshaciendo tristemente las ilusiones pacifistas que en los últimos tiempos y hasta el formidable estallido de 1914 nos habían halagado con apariencias de posibles realidades?

Industria, agricultura, poder naval, esfuerzo mercantil, organización militar, orientación económica apta para fomentar el trabajo y la producción nacional, son agentes que nos impulsan a acometer una renovación intensa de nuestra existencia como Estado, afrontando vigorosamente la misión que la guerra nos señala como liquidación inevitable del conflicto ante el cual se estremece el mundo.

Balance financiero de la guerra, reconstitución de las grandes industrias arruinadas, encauzamiento de las corrientes comerciales, reparación de lo destruído, nacionalización de los factores necesarios al mantenimiento de la independencia económica, son ideales cuya realización demanda urgentemente la necesidad de llegar con paso rápido y seguro «al rescate de nuestra potencia orgánica liberatriz, sin la cual será inútil que pensemos en adquirir los fueros

de nación libre y dueña de sí misma», como ha escrito el Sr. Sánchez de Toca.

Los problemas del trabajo y el capital se han complicado en términos que ya no son sólo el salario de un lado y el interés del dinero de otro, los factores que discuten y contienden: los arrendamientos, el precio de los productos, el abastecimiento de los mercados, el intercambio de los artículos que a cada uno interesan como de primaria necesidad, el equilibrio, en fin, entre la producción y el consumo, son elementos que en conjunto determinan la vida económica de un país. En las críticas circunstancias actuales, claro es que las complicaciones se agravan y los fenómenos del mundo económico se desenvuelven en combinaciones esencialmente artificiales, a las que tiene que presidir un criterio fijo de gobierno inspirado fundamentalmente en las supremas necesidades de carácter social.

Otras intervenciones, o sea, los acaparamientos confabulados para llevar a cabo los mayores lucros particulares, son de todo punto incompatibles con las posibilidades de que debe rodearse la vida nacional. De ahí que sea indispensable robustecer, para salvar el interés general, la acción del Es-

tado, cuya intervención en la vida orgánica se ensancha y agudiza cada vez más.

El suministro de artículos de primera necesidad, como el pan, ha impuesto la tasa del trigo y la harina y la traba a la exportación de cereales, así como ha demandado medidas especiales en relación con el del azúcar, que no sólo es importante por lo que representa en el consumo, sino por el carbón que dicha industria consume: 170.000 toneladas en números redondos.

El fomento de la industria hullera es otro de los problemas que exigen atención más sesuda y detenida. España tiene que importar, en condiciones normales, el cuarenta por ciento del carbon que consume; sin esa importación, el conflicto para las industrias y para la vida doméstica ofrece los caracteres de un conflicto insuperable, y fuerza es añadir a esta temerosa perspectiva, que la desorganización de los transportes por mar y tierra complica extraordinariamente la situación, dada la carestía de las tarifas de mercancías por ferrocarril y el alza de los fletes que han llegado a proporciones enormes.

¿Cómo desconocer la importancia del problema de los transportes, tanto más tenien-

do en cuenta la saña con que se ha perseguido y aun se persigue a los barcos destinados al comercio, que han sido objeto de todo género de agresiones?...

La industria carbonífera, la siderúrgica, la expansión de la marina mercante, el abaratamiento de los transportes terrestres, la declaración del Estado de constituir a su favor un dominio preeminente sobre cierta clase de yacimientos minerales, como los potásicos, por ejemplo, que tan útiles aplicaciones ofrecen en diversos órdenes de la vida nacional, a la agricultura sobre todo, y la organización y movilización bancaria del crédito a imitación de lo que ya se ha hecho en otros países, en Inglaterra y en Alemania principalmente, son puntos de vista ineludibles para la reconstitución definitiva de nuestra nación, después de la guerra. Sin olvidar que el gasto consiguiente a la ejecución de obras públicas, por muy cuantioso que sea, está remunerado de tal suerte, que siempre resulta reproductivo: todos los dispendios que se hagan para aumentar carreteras, caminos vecinales, ferrocarriles de vía ancha y secundarios y estratégicos, puertos y pantanos, encauzamiento de ríos, promoción de grandes rie-

gos, repoblación de montes, que transformen extensos eriales en zonas fértiles y prósperas, estarán bien empleados como factores fundamentales del desarrollo de la riqueza nacional, que es la primera condición para asegurar la independencia de un Estado libre.

He terminado, Sres. Académicos: la materia es compleja y, claro es que, ni aun habiendo sido prolijo, puedo preciar-me de haber reflejado en las consideraciones que he expuesto ni siquiera los aspectos más esenciales del tema acerca del cual he disertado. Pero no tengo derecho a prolongarlas. Os dije desde el primer momento que no haría sino un esbozo de las consecuencias de la actual guerra europea. Quede el lienzo a vuestra disposición para que con mejores pinceles tracéis el cuadro. Y versen mis últimas palabras sobre las enseñanzas que más principalmente debemos recoger, como fruto inmediato de esta gran contienda.

Atendamos a las fabricaciones más necesarias para la defensa nacional; preocupémonos de conceder subvenciones y primas, así como ciertas exenciones de tributos a las industrias de preferente interés para el país; tengamos en cuenta que no en vano

se ha movilizado la mano de obra y han aumentado los salarios; veamos la manera de dar un puesto definitivo a la mujer en el gran concierto de las actividades humanas, puesto que ha ganado valientemente substituyendo al hombre en las diversas esferas del trabajo manual e intelectual; pensemos en las disposiciones que han de dictar los Estados para regularizar la inmensa circulación monetaria originada por la guerra, considerando que no todos los gastos que ésta trae consigo son infecundos, antes por el contrario, que la desamortización de capitales que impone, es germen de nuevas floraciones en la vida de la producción y en el fomento, por consiguiente, de los más grandes intereses: el dinero en movimiento constituye siempre positiva riqueza, ha dicho un pensador ilustre que me oye, y el crédito de un Estado descansa sobre la potencia contributiva que afianza los servicios y pagos de los empréstitos. Así se alienta la confianza del espíritu público, que es capital y robustecimiento del Estado.

El nuevo régimen de economía política que esta guerra está promoviendo y que ha de desenvolverse bienhechoramente cuando

se concierte la paz, producirá transformaciones sorprendentes que influirán no sólo en el orden político y en el económico, sino también y muy especialmente en el orden intelectual y en el social. Sin presumir de profeta, puede augurarse —ya lo apunté en el curso de mis observaciones— que serán consecuencias inmediatas de esta lucha al crecimiento del Poder del Estado, la socialización de las colaboraciones individuales, la aspiración, cada vez más inquietante y exigente, de cada pueblo a vivir de recursos propios, los avances cada día más impetuosos para ganar clientelas en el mercado universal, no sin que todo ello coincida con el aumento de nuevas y progresivas cargas impuestas al contribuyente, a la par que se vivifican los manantiales de la cultura, de la espiritualidad y del patriotismo, como factores de progreso y de riqueza.

Atravesamos en estos momentos por la más tremenda agudización de las crueldades de la guerra. Un escritor ha dicho que «no podría introducirse en la filosofía de la guerra un principio de moderación sin cometer un absurdo», y Bismark, añadió: «Haced la guerra tan terrible a los pueblos, que sean ellos los que pidan la paz.»

¡Quiera Dios que de uno u otro modo se apaguen cuanto antes los estrépitos del cañón y los ayes de los moribundos!

Y suene simpáticamente en vuestros oídos esta nota final de mi trabajo, ya que, con escándalo de algunos de vosotros, hebe de comenzar proclamando la licitud y hasta la necesidad de la guerra, como agente propulsor de los destinos de los pueblos, en ocasiones supremas, en que, por fueros de razón y de justicia, han menester de la fuerza para mantener derechos, para vindicar agravios, para consolidar su presente, o asegurar su porvenir, de acuerdo con los designios providenciales de esa eterna contradicción imperante entre los hombres, que es, según Heráclito, comentado por Bonilla, la madre, la fecunda madre de todas las cosas.

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Sesión del 7 de Noviembre de 1916.</i> —Lo que es la guerra.—Su licitud.—Doctrina del Antiguo Testamento.—Ideas del P. Suárez.—Los ejércitos.—Los gastos militares.—Fracaso del pacifismo.....	5
<i>Sesión del 21 de Noviembre de 1916.</i> —Manifestación primera de la guerra.—La movilización. — La Marsellesa - Miserere. — «¡Abajo las armas!», de la Baronesa de Suttner.—El concepto de la guerra según los filósofos antiguos y modernos.—Elogio de la guerra por D. Adolfo Bonilla, Marx Jause, Renán, Gertrudís de Avellaneda.—El Japón.—Naciones en guerra y naciones en paz.—El militarismo según los ácratas, los sindicalistas, los colectivistas y los socialistas. — Influencia de la guerra en las masas.—La reacción religiosa en Francia. — Aspecto espiritual de la guerra.....	16
<i>Sesión del 28 de Noviembre de 1916.</i> — La guerra en el hogar y en el Estado.—Nueva cita de Bonilla.—Discurso de Lloyd George.—La guerra como fenómeno social.—Aforismo de Sismondí.—Un año de paz	

por cada trece años de guerra.—Resumen de lo que es la guerra en el orden espiritual.....	34
<i>Sesión del 12 de Diciembre de 1916.</i> —Efectos de la guerra en el orden de los intereses materiales.—La organización colectiva.—Noción del Estado moderno.—Análisis de la materia según el Dr. Posada.—Textos de Treistchee, Molke, Klaus Wagner, Darwin, el Gran Federico, el General Bernar-dhi.—Necesidades de la guerra.—Las mu-jeres en la guerra.—Lo que la guerra cuesta.....	43
<i>Sesión del 24 de Enero de 1917.</i> —Lo indus-trial, lo mercantil, lo agrícola, lo banca-rio, lo financiero, sus transformaciones ante la guerra.—Mr. Hamon y su libro «Las lecciones de la guerra mundial».—Sistemas de destrucción y procedimien-tos de conservación.—Reorganización del trabajo.—Palabras de Lloyd George.—La conferencia de París.—La obra del tiem-po.—El ahorro nacional.—El hombre de las trincheras y el hombre de la ciudad.—Seguros obreros, sanatorios, escuelas.—Semillas de abnegación y sacrificio, hábi-tos de resistencia física.....	55
<i>Sesión del 30 de Enero de 1917.</i> —La guerra y las naciones neutrales: España al de-clararse la guerra.—Nuestra prosperidad antes de aquella declaración.—Los Esta-dos Unidos de América: su crecimiento sucesivo.—Disposiciones adoptadas en	

España con motivo de las repercusiones de la guerra en nuestra nación.—La Bolsa de Madrid.—40 000 obreros repatriados en nuestras fronteras.—Las obras públicas por administración.....	68
<i>Sesión del 6 de Febrero de 1917.</i> —Cómo se emprendieron las obras públicas por administración, con arreglo al Real decreto de 14 de Agosto de 1914.—Resultado de aquella campaña.—Las subsistencias.—Los quebrantos del comercio.—El crédito público y el privado.—Las exportaciones.—La circulación fiduciaria.—Reorganización de servicios.—El peligro de las explosiones sociales.—La defensa nacional. Problemas que plantean la paz.—Opiniones del Sr. Sánchez de Toca.—El fomento de la industria hullera.—Los transportes. La siderurgia.—La expansión de la marina mercante.—La movilización bancaria.—Otros factores fundamentales del desarrollo de la riqueza nacional.—Observaciones finales.—Una frase de Bismark.—Invocación a la paz.....	82

